

La mamera

Idolina Velázquez
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad Autónoma de Puebla

El zanate desapareció con el ala rota, entre los peñascos. Lo pienso ahora que veo a algunos sobrevolar en los árboles del patio.

Recuerdo que levanté la escopeta, todavía oliendo a pólvora, cuando mi padre se fue en busca de la presa. Al cabo de varios minutos regresó cargando un enorme huevo.

—¿Qué pasó?— dije.

—En lugar del pájaro mira lo que encontré, parece de águila— contestó mientras subíamos a la camioneta.

Desde esa noche empecé a escuchar ruidos diferentes a los de la calle. La primera vez sentí que algo se movía, enseguida me tapé hasta la cabeza. Casi me sofoqué bajo las colchas cuando oí, claro, que la puerta se abrió. Como pude, aguanté la respiración unos segundos hasta que sólo sentí mis tripas gruñendo. Prendí la luz. Todo quieto.

Artemio respiraba tranquilo. Después de eso no ha querido mamar, sólo se la pasa durmiendo, por eso lo sacaron de mi cuarto. Esa misma noche, un par de ojos, quietos, me observaron en la oscuridad. Traté de dormir, pero cuando estuve sosegado, sentí un soplo rozando mi cara, como cuando las palomas, en la catedral, bajan del vuelo para comerse las migajas. Su aliento me paralizó. Los dedos de los pies empezaron a hormiguearme, sentí un vapor caliente cubriéndome, tuve que cerrar los ojos. Luego una piel tibia oprimió mis labios hasta que los abrí. Apreté los dientes y salió un chizguete de leche, hice un buche para tragarla. Enseguida intenté zafarme pero se movió rápido. Pude ver un bulto grande suspendido sobre mí. Quise aventarle un manotazo pero del miedo no pude. Empezó a revolotear por el cuarto, de pronto se perdió.

Por la mañana un dolor de estómago me

despertó. Con agua fría traté de reanimarme antes de entrar a ver a mi hermano.

—Serapio, creo que la madre te siguió— dijo mamá a mi padre. Se veía preocupada.

—Cómo crees mujer. Después de agarrar el huevo nos venimos volados en la troca, nadie nos vio.

—¿Estás seguro?

—Sí, además ya revisé el desván—replicó papá al salir de la recámara.

Artemio mameaba sin ganas, le salía un hilito de leche por la boca. No soporté verlo y salí. Mamá me dio a beber un remedio y me mandó a descansar.

No quería estar solo en mi cuarto hasta que ella consintió en quedarse conmigo. Tendido en la cama trataba de recordar lo que había pasado, pero el sueño me ganó.

No sé cuánto tiempo he dormido. Ya oscureció y mi madre se fue. Siento de nuevo su presencia, ¿qué hago?, está sobre los barrotes de la cama, cerca de mis pies, vigilándome. Sus pezuñas raspan la madera, se



acerca. Sus ojos siguen fijos en mí. Extiende las alas: son muy grandes. Tengo que llegar a la puerta. Si salto me va a ver. Ya está ¡a la puerta! ¿Qué pasa? ¡Viene hacia acá, me va a tirar!

Salió al momento que abrí: era un pájaro tan grande como el que encontré por la mañana cuando nació Artemio. Ese día, papá enterraba un envoltorio ensangrentado.

—¿Qué es eso?— le pregunté de pie junto al agujero.

Hizo a un lado la pala, levantó la cara y se sacudió el sudor de la frente con los dedos.

—La placenta, la bolsa en que vino tu hermanito—contestó sonriente—. Ve a juntar los limones—me ordenó.

Del limonero más alto colgaba el pájaro blanco y patudo. Mi padre llegó a bajarlo en cuanto lo llamé. Dos cuartas y tres dedos tenía de largo su pico.

—Es la cigüeña—dijo—, después de traer a Artemio fue azotada contra el árbol por la tormenta. Aseveró mientras la echaba al hoyo encima de la placenta cubriéndola con la primera paletada de tierra.

—¡Papá, mamá, vengan pronto!—grité asustado cuando vi que el pajarraco se había ido.

—¿Qué sucede hijo?—preguntó ansiosa mi madre.

—Salió un buitre de mi cuarto! Voló por el pasillo.

—¡Está aquí! Tenías razón mujer—dijo excitado mi padre, con la escopeta en la mano.

—Todo por el maldito huevo que le sacaste—dijo mamá con reproche.

—Pero mujer, ¿quién asegura que era de ella?

—¿De quién más? ¿No viste cómo enfermó a los niños?

—También tú eres responsable... meter a Artemio apenas de ocho meses en el cuarto de Agustín, ella lo aprovechó.

—Es que tú siempre quieres que esté contigo...

Sin replicar más, papá encendió la luz del pasillo y corrió hasta el desván. Salimos tras de él. Pasaron algunos minutos, de pronto se escucharon tres disparos. Esperamos cer-

ca de la puerta, enseguida salió con el animal cubierto de periódicos viejos y goteando sangre. Mi madre me abrazó asustada.

Empezaba a clarear cuando llegamos. Era un lugar desierto, únicamente había piedras y cactus. Caminamos un buen trecho, al pie de las peñas papá me detuvo poniendo la mano sobre mi pecho. Avanzó escalando entre las rocas. A cierta altura se detuvo y desde allí arrojó el envoltorio que voló por los aires zafándose del papel. Cayó en medio de los brazos de un cacto; el cuerpo quedó atascado por las espinas y la cabeza colgando hacia un lado.

Antes de partir, dos zopilotes empezaron a peleárselo jalándole cada uno sendas alas. Descubriéndose el pecho, ocultos por el plumaje, aparecieron dos bultos redondos.

—¡Es un buitre con tetas!

—Sí, la mamura—dijo papá con voz pausada.

—¿Por qué no la enterraste en el huerto como a la cigüeña?

Papá me vio sin decir nada, levantó un puñado de tierra dejándola caer suavemente. Sacudiendo con furia el polvo que quedaba en su mano, dirigió su vista hacia donde la mamura estaba siendo devorada.

—En la tierra jamás. Es ave de mal agüero—dijo.



De la normalidad

E. Olluc
Centro Médico
Universidad de Chicago, E.E.U.U.

Apenas se examina con detenimiento esta dificultad, se advierte que nos enfrentamos no tanto a una diversidad de realidades como a una pluralidad de significados.

Octavio Paz

¿Tiene algo que decir la ciencia moderna en torno a los monstruos? ¿Existen aún estos seres? La pregunta por lo monstruoso parece hacer referencia a un problema anacrónico, ya que la normalidad en el mundo moderno es un problema estadístico y no hace referencia a formas únicas e inmutables. En el concepto moderno, lo monstruoso aparece como parte de lo normal, es su contrapunto, extremo en un continuo que va de monstruosidad a monstruosidad pasando por la normalidad.

Los "monstruos" resultan de alteraciones que en el proceso de desarrollo puede sufrir cualquier organismo biológico. Lo monstruoso aparece en las ciencias médicas contemporáneas explicado en su causalidad y por tanto se considera un fenómeno conocido. Las causas de la deformidad humana se consideran de dos tipos: I) genéticas, es decir que se deben a una alteración en la información contenida en el código genético del individuo, II) congénitas, esto es, que se deben a una alteración durante el desarrollo del individuo el cual tiene, por otra parte, un código genético normal. En un caso la descendencia recibe los genes anormales y la alteración se transmite a los descendientes; en el otro, el sujeto es genéticamente normal. Claro está, nadie habla de monstruos a pesar de que el mirar algunas deformidades humanas cause escalofrío. De hecho, la idea misma de monstruo causa rechazo entre la comunidad médica que percibe en esta deno-

minación una referencia peyorativa.

Escribe Canguilhem, refiriéndose al problema de definición de la normalidad:

Por lo tanto si lo normal no tiene la rigidez de un hecho de obligación colectiva sino la flexibilidad de una norma que se transforma en relación con condiciones individuales, es evidente que la frontera entre normal y patológico se hace imprecisa. Pero esto no nos conduce para nada a afirmar la continuidad entre una normalidad y una patología idénticos por esencia, a afirmar una relatividad de la salud y de la enfermedad suficientemente confusa como para que se ignore dónde termina la salud y dónde comienza la enfermedad. La frontera entre lo normal y lo patológico es imprecisa para los múltiples individuos considerados simultáneamente, pero es perfectamente precisa para un solo idéntico individuo...

La teratología es la rama de la ciencia que estudia el origen, desarrollo, descripción y clasificación de las malformaciones congénitas en plantas y animales. Éste es un conocimiento cuyas aportaciones han sido sumamente trascendentes, por ejemplo, la observación de que el contacto con el virus de la rubéola durante las primeras semanas del embarazo produce alteraciones congénitas en el feto, o el estudio del nacimiento de niños focomélicos (con un desarrollo incompleto de las extremidades) que fue producto del uso de la talidomida. En la actualidad, el